

SINTESIS DE QUEVEDO

POR ANDRÉS HOLGUÍN

Con ocasión del tercer centenario de la muerte de don Francisco de Quevedo, la Casa de España en Bogotá abrió un concurso que ganó un gran rosarista: el doctor Andrés Holguín, Procurador Delegado en lo Civil.

Publicamos a continuación la parte final de tan admirable ensayo, amablemente cedido por su autor a nuestra revista.—J. R. P. V.

La gran poesía de Quevedo nace ante el amor y ante la muerte. Tal vez lo que caracteriza los sonetos amorosos de Quevedo es su exageración, exageración que es siempre ruptura de equilibrio, extremo y no medida. Porque sí lo clásico es, en general, moderación, armonía de las facultades, contención de espíritu dentro del mínimo de materia expresiva, esto no reza con los españoles del siglo de oro. Para ellos no hay regla, ni ley, ni medida. Góngora, Lope y Quevedo son ejemplo de esto: clásicos a pesar de sus exageraciones, a pesar de sus visiones fantasmagóricas, no obstante sus aberraciones y, a veces, no obstante sus creaciones monstruosas.

*"Sólo no hay primavera en mis entrañas,
que habitadas de amor arden infierno,
y bosque son de flechas y guadañas..."*

dice don Francisco. Todo sentimiento en Quevedo, hemos dicho, es extremo. El amor es ese infierno incesante: "Qué sangre de mis venas no te he dado?", dicele al amor; y sobre el mismo amor: "No me concede tregua ni reposo / esta guerra civil de los nacidos"... "Amo y no espero, porque adoro amando". Y luego: "A todas partes que me vuelvo / las amenazas de la llama ardiente". Pero sabiendo, como Heráclito,

que todo pasa y se transforma, que todo huye permanentemente, la pasión de Quevedo tiene siempre un último fondo melancólico y nostálgico:

*"Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
despierto un corazón siempre encendido
donde todo el amor reinó hospedado"*

Esta melancolía, este saber el poeta mismo que habrá de morir, lleva a Quevedo de la mano hacia la sombra de la muerte. En realidad, la mejor lírica de este satírico está en el ámbito de la muerte. Este hombre que se burla de todo, sólo es gran poeta cuando comprueba la agonía de todo proceso vital, cuando el terror constelado de la muerte sopla sobre su espíritu.

Podría decirse que en todo hombre hay un filósofo o un científico que pretende explicarse racionalmente la vida, la situación del hombre, el mundo. Pero llega un momento en que esa aspiración fracasa y el hombre, ya desnudo de filosofía, sin poder descifrar el sentido de la muerte, sin entender la existencia del dolor, ni aún el significado de su propio destino, que se le antoja una danza patética sobre el abismo, se encuentra ante sí propio en la desolación y en la angustia. Cuando ya nada se puede averiguar racionalmente, cuando el hombre —retornando a su excursión metafísica— tropieza otra vez con lo desconocido, la voz se le anuda en la garganta. De nada sirve entonces la ciencia. El estado de alma en tal instante no puede manifestarse ya en fórmulas lógicas. Sólo el sollozo y el lamento, o el trémulo balbucir entrecortado, dan la medida de esa desolación espiritual. Allí nace, en todo hombre, el poeta. La poesía es la aventura intuitiva después de la aventura lógica. Pero al regreso de la expedición metafísica, fracasado, el hombre viene nostálgico y adolorido. Por eso, en casi todo gran poema auténtico hay un fondo de pesadumbre. La poesía ha penetrado, así, en lo más profundo de la personalidad humana, ya que el dolor y la tristeza tienen una dimensión subjetiva que no poseen la serenidad y la alegría. Porque en el raptó del júbilo o en el equilibrio de todas esas facultades, el hombre se olvida de sí mismo, mientras que se hace introverso cuando lo invaden el pesar o el terror. En el júbilo, el hombre danza, aún inconscientemente, pero en la desesperanza y la agonía, el hombre anhela expresarse poéticamente. Por eso, creemos que la mejor lírica de todos los tiempos deriva del dolor. Pero eso, la poesía se inicia con el lamento de Job. Por eso, en la gran tragedia griega resuena un tremendo grito de pesimismo y

desolación. Por eso, simbólicamente, Dante es más poeta en el Infierno que en el Paraíso.

En lengua castellana, si se exceptúa talvez a don Jorge Manrique, es don Francisco de Quevedo quien conserva, con más auténtica humanidad, esa voz angustiada, ese acento trémulo y elegíaco contra el viento de la muerte. Diríase que a través de sus "quevedos" el poeta contemplara siempre la desintegración de la materia, el proceso agónico que es, en definitiva, toda existencia. En este sentido, Quevedo es el gran poeta doloroso, angustiado, dotado de la más amarga amargura. Nadie ha expresado como él el sentido fugaz de la vida, la experiencia esencialmente poética de que todo se nos escapa de las manos y que el tiempo invisible todo lo marchita.

Si la lírica tiende en general, como hemos dicho, a reflejar un estado de alma pesimista y atribulado, es lo cierto que la mejor poesía es aquella que se convierte, finalmente, en elegía del propio poeta. Elegía de su cuerpo, que hoy es y mañana no será. Elegía de su sangre, que fluye hacia la muerte. Elegía de sus sueños, sepultos en el aire. Elegía de abril que pasa, como un viento delirante. Elegía de la propia juventud, del corazón y los recuerdos. Reuniendo todas estas notas, la poesía de don Francisco de Quevedo es una vasta y sombría elegía; de ahí su grandeza. La patria, la religión de los mayores, la casa familiar, la luz del día, la belleza de la amada, la propia vida, todo es destruido, imperceptiblemente, por el tiempo. Al comprobarlo, Quevedo, "enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte": "Vencida de la edad sentí mi espada / y no hallé cosa en qué poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte". "En fuga irrevocable huye la hora" exclama don Francisco. Nótese, de paso, que esta visión patética es también, como la visión filosófica de Quevedo, un producto medioeval. Por el ámbito de la Edad Media, y no del Renacimiento, ha cruzado en Europa esta Danza de los Muertos, esta danza macabra que revive misteriosamente en el espíritu de Quevedo:

*"Cómo de entre mis manos te resbalas!
Oh, cómo te deslizas, edad mía!
Que mudos pasos traes, oh muerte fría,
que con callado pie todo lo igualas!"*

*"Que sin poder saber cómo ni a dónde
la salud y la edad se hayan huido!"*

"Todo tras sí lo lleva el año breve."

*"Huye sin percibirse lento el día
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca, y es despreciada
lleva tras sí la edad lozana mía."*

"El cuerpo es tierra, y lo será, y fue nada."

*"Bien sé que soy aliento fugitivo;
ya sé, ya temo, ya también espero
que he de ser polvo..."*

Ante esta fuga irremediable, que también destruye el rostro puro de la amada, don Francisco de Quevedo, a semejanza de Anacreonte, de Omar Khayyam, de Ronsard y de Góngora, exalta la virtud del goce efímero. Hay que gozar de abril antes que todo perezca:

*"La beldad huye muda;
goza de tu florida edad lozana."*

*"Coronemos con flores
el cuello, antes que llegue el negro día."*

*"Goza la luz del día,
que no hay rienda que pare al Tiempo leve."*

Pero este júbilo vital en medio del pesimismo y la descomposición sólo dura un instante en Quevedo. Y la seriedad trágica y amarga retorna a su semblante. La idea de la muerte vuelve siempre, insistente. Como símbolo de todo lo creado por el hombre, Roma "sepultada en sus ruinas", es sólo la tumba de sí misma:

*"Buscas en Roma a Roma, oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino."*

*Yace donde reinaba el Palatino;
y, limadas del tiempo las medallas,
mas se muestran destrozado a las batallas
de las edades que blasón latino.*

*Sólo el Tiber quedó, cuya corriente,
si la ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto són doliente.*

*Oh, Roma! En tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura."*

De este modo, don Francisco parece repetir siempre que nada perdura, que todo pasa, que todo muere. Hablando de las pirámides, dice: "De aquellas maravillas en cuya fábrica se derramó el sudor de tantas provincias, sola ha quedado una maravilla, y es, que ya no lo son, y borradas del tiempo, no saben de las cenizas para cuya guarda se levantan".

Ante esta visión adolorida, vuelve la elegía del poeta, pero esta vez marcada por el terror: "Dudosos pies por ciega noche llevo"... "Ya formidable y espantoso suena / dentro del corazón el postrer día; / y la última hora, negra y fría, / se acerca, de temor y sombras llena"... "La gente esquivo y me es horror el día"... "Mi corazón es reino del espanto"...

Sin embargo, así como desaparece pronto en Quevedo la exaltación del placer fugaz, desaparece también rápidamente la sensación del espanto. En Quevedo triunfa siempre el sentido moral, el sentido religioso, sobre el sentimiento simplemente humano y elemental. Como buen cristiano, don Francisco vuelve por último a la resignación. En efecto, poco antes de morir, llevando ya la muerte en sí misma, Quevedo escribe desde su prisión: "Dichoso aquel que cuando el mundo está titubeando para desquiciarse, pisa, como yo, el lugar donde han de pisarle y donde ha de caer". Ya se tienden las insignias de la muerte por todo mi rostro, tiempo es de prevenir buen recibimiento al postrer día. Llegue, pues, que pues no puedo apartarle, no he de temerle; sólo conviene prevenirle; llevaráme, más no me arrancará! Desembaracemos los odios y dejemos ociosa la envidia; harto tiempo he sido golosina a su hambre; ya es tiempo de obligarla a que mude a otro pasto su gula,

pues sólo ha quedado de mí lo que a los trabajos ha sobrado de asco, no de hartos".

Esta es la resignación final; pero es también la confianza final. Porque don Francisco —y aquí vuelve a imponerse su sentimiento religioso— confía en la inmortalidad del alma y ve, más allá de la propia muerte, el reino del amor que resplandece intacto. De tal manera que si todo huye y se transforma y desaparece; si las obras humanas, representadas alegóricamente en la ciudad antigua, son apenas tumbas de sí mismas cuando ha pasado el tiempo; si la misma belleza de la amada caduca y se desintegra; si nuestro cuerpo mismo se inclina hacia la sepultura; si todas las cosas avisan de la muerte; a pesar de todo esto, algo subsiste. Siempre hay un divino río que permanece. El amor, la permanencia del amor, libra a Quevedo de la desolación final y del pesimismo. Este es el último mensaje de su lírica:

"No verán de mi amor el fin los días."

*"Elevara yo en el alma adonde fuese
el fuego en que me abraso, y guardaría
su llama fiel con la ceniza fría
en el mismo sepulcro en que durmiese."*

"Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo!"

"Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo!", es la unión de la muerte y del amor, la victoria postrera del amor sobre la tumba. Último mensaje de esperanza, de fe, que afirma la inmortalidad del alma y del amor y que, por lo mismo, refuta la inicial, patética visión dolorosa ante la fugacidad de todo lo creado; mensaje final que encuentra la expresión exacta en el impecadero soneto del poeta:

AMOR CONSTANTE MAS ALLA DE LA MUERTE

*"Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;*

*mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.*

*Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas de humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,*

*su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, más polvo enamorado."*

“SAMACA”

Las telas de
mayor resistencia
y duración

TELEFONOS:

Gerencia, 53-09 - Secretaría, 55-34 - Almacén, 1-57

Oficina y Almacén: Carrera 9a. No. 13-47